



CONGREGATIO PRO CLERICIS

XVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO - B

(Es 16,2-4, 12-15; Ef 4, 17-20-24; Jn 6,24-35)

En estos domingos prosigue la lectura del capítulo 6 de San Juan.

Después del “signo” de la multiplicación de los panes y los peces, y la abundancia con que ha saciado a la multitud, Jesús invita a la multitud a reflexionar sobre el Autor del milagro y a reconocer que hay un pan para la vida eterna.

Así se configura un eficaz paralelismo entre la primera Lectura (Ex 16,2-4) y el relato de Juan. La referencia es al maná dado por Dios al pueblo rebelde en el desierto y a la figura de Moisés. Es una trama que encuentra su clave en la pregunta de los israelitas, que ven el maná caído desde el cielo: “¿Qué es?”, y en la afirmación paralela, que Jesús hace de sí: “Yo soy el pan de vida”.

El lenguaje que usa Jesús resulta “duro” e incomprensible para muchos, que después se irán; algunos, aun en la dificultad, comprenden que hay “algo por descubrir”; es un lenguaje místico, que ilustra un misterio, el de la Eucaristía, centro y vida de toda la fe cristiana. Jesús se aplica a sí mismo las características del pan, donado desde el cielo y fruto del trabajo: cansador y gozoso, humilde y útil. El pan alimenta la vida, pero no es la vida.

Bajo esta luz se comprende la advertencia de Jesús a la muchedumbre, que lo busca por el pan material, con el que saciar sus existencias. El pecado de la multitud, como el del hombre contemporáneo, es el de la superficialidad en la relación con lo real: la vida corre el riesgo de reducirse a un cúmulo de signos sin significado y, de este modo, el medio se hace fin.

En el “pan” que es Jesús mismo, inmolado por amor, nos es dada la vida divina; es el Cordero inmolado para nuestra redención: “quien come mi carne tiene la vida eterna”.

En el diálogo entre Jesús y la multitud está, pues, la fuerza de un Amor divino y apasionado, que quiere llevar al corazón humano a captar el “superávit”, el exceso del pan que los ha saciado. El don no puede ser “aprehendido”, como una presa que se captura: él pide ser acogido, como se acoge un amor, como el don de amor del Padre. Solo acogiendo el don del Padre, con asombro y deseo, es posible comprender y desear el “pan que descende del cielo”. La postura que el hombre asume frente a este don es la clave. Afirma el Santo Padre: “Si Jesús dice yo soy el pan de vida, quiere decir que Jesús mismo es el alimento de nuestra alma, del hombre interior, del cual tenemos necesidad, porque también el alma debe alimentarse. Y no bastan las cosas técnicas, aunque sean importantes. Necesitamos la amistad de Dios, que nos ayuda a tomar las decisiones justas. Necesitamos madurar humanamente. Con otras palabras, Jesús nos alimenta para que lleguemos a ser realmente personas maduras y nuestra vida llegue a ser buena” (Benedicto XVI – 15 octubre 2005).

Ojalá que el tiempo de descanso sea el tiempo en el que reconozcamos el don del Amor del Padre. Y cuanto más lo reconozcamos, más crecerá en nosotros el deseo y más lo desearemos. Esta es la gracia que pedimos a la Santísima Virgen, Hija de Sión y Mujer Eucarística, con corazón agradecido de hijos.